

# LA CIENCIA ECONÓMICA EN EL SIGLO XIX

*Manuel Navarro Ibáñez*  
Departamento de Análisis Económico  
Universidad de La Laguna

La Economía es una ciencia relativamente reciente que se constituye como tal durante el siglo XVIII, época en la que se origina la escuela clásica. Ésta aportó la perspectiva que desde entonces se utiliza para el estudio del funcionamiento de la economía de mercado; la preocupación primordial de los economistas clásicos (de Adam Smith a John Stuart Mill) era la de descubrir aquellas condiciones que permitían el desarrollo económico. Más tarde, los pensadores marginalistas analizaron con más profundidad el sistema de precios como mecanismo de asignación de los recursos<sup>1</sup>.

## 1. Introducción

Difícilmente puede hablarse de la existencia de una ciencia económica antes del siglo XVIII, pues, hasta bien entrado éste, no hubo una reflexión ordenada y sistemática sobre el funcionamiento de la economía, así como de sus consecuencias: no se daban respuestas científicas a las preguntas relativas a la asignación de los recursos entre los distintos bienes y servicios que potencialmente pueden obtenerse, a la distribución de la producción entre los miembros de la sociedad, a las condiciones necesarias para el crecimiento económico, etc. En general, se ha considerado a Adam Smith (1723-1790) como el verdadero fundador de la ciencia económica, por ser el pensador que ha intentado dar un mayor número de respuestas científicas a las preguntas importantes.

Es cierto que desde el comienzo de su historia el hombre ha tenido que enfrentarse socialmente al problema de la supervivencia. Una de las respuestas a dicho problema ha sido su

---

<sup>1</sup> Vid. Hernández y Navarro (2003) para una presentación más amplia de la evolución histórica de la ciencia económica.

funcionamiento de acuerdo a la tradición, transmitiendo, de generación en generación, saberes y oficios. También la sociedad ha recurrido a la autoridad, cuyos mandatos obligaban a los individuos que la componían a la realización de aquellas actividades consideradas necesarias para su supervivencia. Pero la Economía como ciencia no aparece hasta que se desarrolla el sistema de mercado tal como se entiende en el mundo capitalista contemporáneo, en el que los individuos actúan libremente de acuerdo a su propio interés. Lo que impulsa a los hombres en este sistema es la búsqueda de la ganancia individual, que se constituye en su objetivo principal. Es precisamente la dificultad de que surjan en él las tareas imprescindibles para la supervivencia del conjunto de la sociedad lo que propicia el nacimiento de la ciencia económica, independiente de la tradición, del poder y de la ya existente ciencia política.

Ello no significa que la idea de beneficio o ganancia no existiera en las sociedades pre-capitalistas, pues sí existió, pero no de una forma generalizada. Esta idea la encontramos en la minoría privilegiada, y en algunos mercaderes y aventureros. Además, durante el medievo, el afán de enriquecimiento era considerado por la Iglesia como algo ilícito; por ello, la actividad de los mercaderes se estimaba poco recomendable para un verdadero cristiano.

Lo mismo podemos decir del mercado: es tan antiguo como la historia de la Humanidad, aunque fue muy poco importante, y durante mucho tiempo se concebía sólo en términos de intercambio de productos. Esto es comprensible dado que los factores productivos aún no se habían liberalizado. Hasta que no se producen las grandes transformaciones socioeconómicas y políticas de los siglos dieciocho y diecinueve, la propiedad de la tierra estaba vinculada (por tanto era una propiedad compartida y no libre), el trabajo estaba sujeto a la servidumbre o a las rígidas normas gremiales, y el capital no existía como tal.

Es en el siglo XVIII cuando algunos intelectuales se enfrentaron, por fin, a la realidad económica del mundo exterior y trataron de comprender el funcionamiento del mercado, una forma de organización social que ya parecía haber sustituido en esta época a la economía tradicional. ¿Cómo es posible que funcionase un sistema económico en el que a nadie se le decía lo que tenía que hacer ni dónde tenía que poner sus recursos? ¿No tendría que desembocar en un caos? Lo que atrajo a mentes como François Quesnay (1694-1774), David Hume (1711-1776), o al propio Adam Smith, fue que el resultado de la interacción individual –sobre todo cuando se daba en condiciones de libertad– no era una situación caótica sino que, por el contrario, se obtenía un verdadero orden económico. Este orden –una organización social de los procesos de producción y distribución– era muy superior a todos los que había conocido la Humanidad hasta ese momento. En definitiva, la aparente «anarquía» de una economía de mercado generaba un orden que, en perspectiva histórica, parecía ser el más efectivo, tanto desde el punto de vista del crecimiento económico como por la eficiencia en la asignación de los recursos.

Uno de los corolarios que se extraía rápidamente era la conveniencia de la libertad económica. Los individuos no tenían ninguna necesidad de ser dirigidos en su actuación por el legislador, quien por otra parte no podría disponer, en ningún caso, de la ingente información que sería necesaria para llevar a cabo diligentemente y con cierta eficacia dicha labor directora. De ahí la inconveniencia de la intervención estatal en la economía; la mejor regla, y la única posible a seguir por el legislador, era la del *laissez faire, laissez passer* (dejad hacer, dejad pasar).

La obra de Adam Smith *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776), más conocida como *La Riqueza de las Naciones*, fue el primer gran tratado de la ciencia económica. La idea que subyace en toda la obra es que el «sistema de libertad natural» no da lugar a un orden caótico sino que, por el contrario, genera el mayor bienestar económico. El mecanismo de precios no intervenidos asigna los recursos de la

sociedad de la forma más deseada por los ciudadanos, lo que unido a «la propensión humana al trueque, al cambio y a la permuta», lleva a la economía de mercado a mejorar la productividad por medio de la división del trabajo, es decir, de la especialización creciente. La extensión del mercado, por el lado de la demanda, y la previa acumulación de capital, por el lado de la oferta, eran vistos por Smith como los factores que determinaban el nivel de la división del trabajo, es decir, el nivel de producción, empleo y bienestar de una sociedad. Como corolario, la libertad comercial, tanto doméstica como internacional, permitiría la profundización en la división del trabajo, al no restringir artificialmente el tamaño del mercado. Por el contrario, cualquier restricción al libre juego de los agentes económicos en un contexto competitivo reduciría el nivel de productividad. De esto se deducía la crítica más importante que podía hacerse al «sistema mercantil» dado que sus propuestas de política comercial buscaban la reducción del tamaño del mercado.

Como el sistema de libertad natural era regulado mediante el mecanismo de precios no intervenidos por el gobierno, Smith necesitaba incorporar a su explicación la forma en que se establecía el valor de cambio, es decir, los precios relativos de los bienes y servicios. Para ello propuso en un principio utilizar la teoría del valor-trabajo, que supone que dichos precios venían determinados por las cantidades relativas de trabajo que se utilizaban en la producción de las mercancías. Si, por término medio, la caza de un ciervo requería dos días y la de un castor un día, el valor de cambio del ciervo sería el doble que el del castor.

En una economía de mercado esta sencilla hipótesis explicativa de los precios relativos generaba ciertas dificultades, lo que llevó a Smith a considerarla como una mera aproximación. El problema principal de la teoría del valor trabajo se encontraba en que los propietarios de los recursos naturales y del capital también tenían que ser remunerados, sin que estas remuneraciones tuvieran que guardar proporción alguna con la cantidad de trabajo empleado en la producción de bienes y servicios.

El que Adam Smith, muy por encima de otros autores, sea considerado como el verdadero y único fundador de la ciencia económica no es compartido por todos los historiadores de la Economía. Así, Schumpeter en su *Historia del Análisis Económico* (1954) únicamente resaltaba de las obras de Smith su *Ensayo sobre Astronomía* (1795), colocándolo como un economista más, entre otros, del siglo XVIII. De hecho, Schumpeter, al menos en términos de contribuciones originales, tendía a situar a Quesnay y otros autores por encima de Adam Smith.

Hay algo interesante al comparar a estos dos grandes economistas. Un historiador de la Economía lo ha hecho, argumentando que el triunfo de Smith sobre Quesnay representa el éxito en Economía de la perspectiva de la Física sobre la perspectiva de la Biología<sup>2</sup>. Así, la Economía se habría elaborado durante el siglo XIX siguiendo la Mecánica Clásica al creer los economistas que su objeto de estudio exhibía prácticamente las mismas características que el movimiento de los astros en el universo, esto es, una dinámica interna propia e independiente. Por ello, era perfectamente adecuada la aproximación científica que trata de comprender el funcionamiento del sistema económico como algo sujeto a leyes *naturales*

---

<sup>2</sup> François Quesnay no se conformó con examinar algunos aspectos de la realidad económica de la Francia de mediados del siglo XVIII. Por el contrario, sostuvo que para entender el funcionamiento de una economía y, aún más, para proponer medidas de política económica, habría que hacerlo desde una visión completa del sistema económico, algo que únicamente se lograría a través de la modelización. Ésta la llevó a cabo Quesnay concibiendo la economía de un país como un organismo vivo, como el cuerpo humano, cuyo sistema sanguíneo relaciona y da vida a todas las células. Aún hoy en día se utiliza esta «idea feliz» de Quesnay para comprender el funcionamiento económico: el flujo circular de la renta relaciona producción de bienes y servicios, rentas de los participantes en los procesos productivos, consumo, y reproducción.

totalmente independientes de la voluntad del hombre. Por el contrario, la perspectiva biológica que sugieren los escritos de François Quesnay hubiera admitido un mayor espacio para la posible existencia de patologías, ya que los seres vivos pueden enfermarse y, por tanto, desde este punto de vista, hubiera existido un mayor campo de acción humana mediante la elaboración de políticas gubernamentales apropiadas que pudieran hacer frente a cada patología.

Pero dejemos el siglo XVIII y entremos en el XIX, que es el que debe ocuparnos en el presente artículo.

## 2. Thomas Robert Malthus

Entre los seguidores de Adam Smith destacan, muy por encima del resto, dos autores ingleses que han contribuido de forma muy importante y significativa al conocimiento científico: Thomas Robert Malthus (1766-1834) y David Ricardo (1772-1823). El primero de ellos es tan conocido por su apocalíptica predicción sobre la evolución demográfica de la sociedad humana, que algunos se sorprenden de su posición en la historia de la Economía, justificada por dos contribuciones importantes al análisis económico: la teoría de la población y sus implicaciones, y las crisis económicas.

Malthus partía de dos axiomas obvios: el primero, relativo a la necesidad de alimentos para la existencia humana, el segundo, la continuación de la pasión sexual como se la había conocido hasta entonces. De aquí se deducía que, en circunstancias normales, el ritmo de procreación superaría la tasa de incremento de la producción de alimentos. Malthus utilizaba un argumento auxiliar: la población exhibía una progresión geométrica en su evolución, mientras que la obtención de alimentos crecía en progresión aritmética. En consecuencia, la predicción científica era la ineludible llegada de la trampa poblacional, esto es, de situaciones de hambre.

Ahora bien, antes de una hambruna la población era contenida por dos tipos de frenos, los positivos y los preventivos. Los primeros eran todos aquellos que aumentaban la tasa de mortalidad (epidemias, guerras, etc.) mientras que los preventivos eran los que reducían la tasa de natalidad (esterilidad, abstinencia sexual, etc.)<sup>3</sup>. El principio de población decía que ésta crecería siempre que el efecto acumulativo de los frenos fuera inferior al ritmo de procreación. Ello permite distinguir entre el argumento teórico maltusiano y la trampa poblacional, siendo ésta última la situación límite en la que el aumento del número de personas estaría condicionado estrictamente al crecimiento de la producción agrícola.

Las implicaciones que se extraían eran muy contundentes. La única oportunidad de mejora del bienestar se encontraba en un cambio en el carácter de los individuos, y Malthus pensaba que sólo las clases educadas mostraban una cierta capacidad para ejercer lo que denominó como «contención moral» (posponer el matrimonio hasta poder formar una familia). Para la mayoría de la población no estaba abierta esta posibilidad, por lo que Malthus se oponía a los aumentos salariales y a los subsidios a los pobres dado su efecto incentivador sobre la población.

En definitiva, el problema poblacional debía atribuirse a la naturaleza humana y no a las instituciones sociales. Malthus eliminaba así cualquier responsabilidad de las clases dirigentes ante una cuestión relativa a la forma de ser de los hombres. Por otra parte, el optimismo

---

<sup>3</sup> Malthus era contrario a la utilización de métodos contraceptivos y, por supuesto, al aborto, que definía como un «arte impropio para ocultar las consecuencias de una conexión irregular».

smithiano acerca del futuro de una economía de mercado quedaba muy matizado: el mecanismo de precios competitivos, la división del trabajo, la especialización, etc., podían generar crecimiento económico, pero éste, a largo plazo, sería absorbido por el aumento poblacional.

Por otro lado, Malthus fue uno de los primeros economistas que supo ver un fenómeno nuevo para su tiempo: la existencia de situaciones de exceso de oferta (por falta de compradores) en muchos mercados de mercancías, esto es, las épocas de «plétoras» o de crisis. Este nuevo hecho, característico de las sociedades industriales, comenzó a aparecer en Gran Bretaña al término de las guerras napoleónicas, y Malthus trató de encontrar una explicación del mismo. Así, acabó asociándolo al excesivo ritmo industrializador y al consecuente crecimiento desmedido de la renta de los capitalistas. Malthus no logró separar el problema de las crisis económicas del estancamiento secular y trató de explicarlas en términos reales, apoyando casi siempre la doctrina smithiana de que *todo lo que se ahorra se invierte*, lo que hacía imposible su tarea analítica.

Esta doctrina es más conocida como la «ley de los mercados», que suele ser asignada a un economista francés, Jean Baptiste Say (1767-1832), contemporáneo de Malthus y Ricardo. Say afirmaba que en una economía capitalista la totalidad de las rentas obtenidas por los individuos se gastaban en la adquisición de los bienes y servicios producidos; de ahí se deducía la imposibilidad de que faltaran compradores. Aquello que no era consumido y se ahorraba era empleado en la inversión y, por lo tanto, se gastaba igualmente en la compra de una parte del producto. Apoyada totalmente por Ricardo, esta ley pasó a formar parte del núcleo de convicciones arraigadas en los economistas<sup>4</sup>.

### 3. David Ricardo

El verdadero creador de la «técnica de los economistas», es decir, de su «forma de razonar» es David Ricardo (Blaug, 1978, p.182). La amplitud de las consideraciones generales y de la visión que destilaba la *Riqueza de las Naciones* se vio muy reducida en los *Principios* de Ricardo; por el contrario, se ampliaba la modelización sistemática de una economía con uno o varios sectores. Además, se dejaban de lado muchas consideraciones sobre la producción, y se resaltaba que el problema central de la Economía Política era el de la distribución de la renta entre los trabajadores, los capitalistas y los terratenientes, es decir, receptores de salarios, beneficios y renta de la tierra, respectivamente.

Ricardo creyó encontrar un grave problema en el desenvolvimiento de la economía británica. Así, si el crecimiento de la producción y del empleo estaba basado en la reinversión de buena parte de los beneficios que recibían los capitalistas, mientras que los ingresos de los terratenientes se dedicarían al consumo improductivo, era muy importante el conocimiento de las condiciones que gobernaban la parte de dichos beneficios en el producto nacional. Tanto en su *Ensayo sobre los Beneficios* (1815) como en sus *Principios de Economía Política y Tributación* (1817), el objetivo central de Ricardo siempre fue el de discernir los factores determinantes de los cambios en la tasa de beneficios a lo largo del tiempo.

A partir del supuesto de la existencia de rendimientos decrecientes en la producción agrícola, Ricardo determinaba la renta de la tierra como la remuneración intramarginal, esto es, la diferencia entre lo que se obtenía en cualquier parcela de cultivo y en la tierra menos

---

<sup>4</sup> Keynes argumentará que muchas de las deficiencias de la Economía se derivaban de la injustificable credulidad de los economistas en la ley de Say.

productiva (la parcela denominada como marginal) entre todas las utilizadas. Si a ello se añadía un salario de subsistencia, el beneficio del capital era la parte residual del producto obtenido en la tierra marginal. Manteniendo constante el salario real, la extensión del cultivo a tierras cada vez menos productivas (consecuencia de la restricción a la libre importación de bienes salariales) provocaba el descenso de la tasa de beneficios y la absorción creciente de recursos en la producción agrícola.

Una de las aportaciones más importantes de David Ricardo es su explicación de las causas del comercio internacional. A diferencia del análisis de Smith, donde la diferencia en los costes reales de producción justificaban la existencia de las transacciones comerciales entre países, Ricardo, con su teoría de las ventajas comparativas, dejaba bien claro por qué pueden participar en el comercio incluso aquellos países que producen todos los bienes y servicios con unos costes más elevados (esto es, utilizando mayores cantidades de recursos por unidad de producto). Como se ha dicho en numerosas ocasiones, la teoría de las *ventajas comparativas* es la primera gran verdad en Economía que no es intuitivamente evidente o fácilmente alcanzable, al fundamentarse en las diferencias de los costes relativos de producción de los países participantes.

Esta teoría es una de las mayores contribuciones analíticas de Ricardo<sup>5</sup>, ya que calaba muy hondo en la comprensión de cómo ocurre la asignación de los recursos internacionalmente. Además, la argumentación ricardiana apoya la necesidad de una libertad comercial plena que evite las consecuencias negativas, para el crecimiento económico, que las restricciones a la libre importación de alimentos estaban suponiendo para Gran Bretaña.

Ha de parecer sorprendente que los dos grandes seguidores, que no discípulos, de Adam Smith, extrajeran, a diferencia de éste, predicciones tan negativas acerca de la evolución futura de la economía británica. La fuerza del deseo sexual y de los rendimientos decrecientes les parecía a Malthus y Ricardo imposible de parar. Únicamente mediante el ejercicio continuado de la contención moral por parte de los individuos, por una parte, y la plena liberalización del comercio internacional de Gran Bretaña, por otra, permitiría cosechar –nunca mejor dicho– el bienestar generado por el crecimiento económico.

#### 4. Karl Marx

El tratamiento de Karl Marx (1818-1883) en la historia de la Economía siempre será difícil e incluso polémico, ya que no se puede obviar una parte muy extensa y variada de su labor intelectual como filósofo o analista político. Ahora bien, ha de admitirse que *El Capital* (1867) es principalmente un tratado que persigue analizar el funcionamiento del sistema económico de mercado. Además, Marx era, en muchos aspectos, un seguidor de Smith y Ricardo, por lo que en numerosas ocasiones se le incluye, sin más, dentro de la sección correspondiente a la escuela clásica.

Al igual que Ricardo, Marx pensaba que la Economía Política tenía que dar respuesta al problema de la distribución del producto. De hecho, como en cualquier sistema económico donde existan diferentes clases sociales, el capitalista era un sistema basado en la explotación

---

<sup>5</sup> Existe otro aspecto importante y novedoso con el que Ricardo contribuyó al conocimiento económico y se refiere a la llamada por sus contemporáneos la *cuestión de la maquinaria*. La introducción de ésta en los procesos productivos, argumentaba Ricardo, podía generar paro entre los trabajadores, apareciendo así el desempleo tecnológico por primera vez en la historia de la ciencia económica.

de una clase dominada (trabajadores) por otra dominante (capitalistas), por lo que la primera tarea a cumplir por la ciencia era desentrañar la manera en que se distribuía la renta entre los dos grupos principales de la sociedad.

Marx encontró que la conversión de la fuerza de trabajo en una mercancía adicional –una característica específica del sistema económico capitalista– permitía a los empleadores que la remunerasen de acuerdo a su valor de cambio, y éste era inferior al valor del producto generado en el proceso de producción. De aquí que existiera un excedente económico, al que Marx denominó plusvalor, que era apropiado por los capitalistas, al ser éstos los dueños de los medios de producción.

Al contrario de lo que suele pensarse, Marx veía el capitalismo como una organización de la sociedad muy favorable para el progreso de los seres humanos; era un sistema que había subvertido el orden tradicional, utilizando la ciencia y propiciando un desarrollo tecnológico impensable antes. Ahora bien, como toda sociedad clasista tenía el lado conflictivo: la lucha entre las clases opuestas. Lucha que, al igual que en los modos de producción esclavista o feudal, llevaría eventualmente a su superación por un sistema nuevo. En particular, Marx creyó ver que el capitalismo podría ser sustituido por una sociedad sin clases, ya que ahora sería la clase oprimida la que conduciría el cambio para convertirse en la clase dominante (algo que ocurriría por primera vez en la historia de la Humanidad) durante el período transitorio del socialismo.

Uno de los aspectos más positivos del capitalismo era su capacidad para revolucionar constantemente las condiciones de obtención de las mercancías, lo que era posible por la creciente acumulación de capital que permitían los incrementos de productividad. La competencia entre los capitalistas les forzaba a la búsqueda de fondos que les permitieran acometer ampliaciones de sus negocios así como nuevas oportunidades de inversión.

La interacción dinámica entre la acumulación de capital y la competencia permitió a Marx extraer cuatro predicciones sobre la evolución de la economía capitalista. En primer lugar, una concentración cada vez mayor del capital, es decir, una tendencia a la monopolización que llevaría a una disminución de la clase dominante. En segundo lugar, la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, algo que Marx consideraba como uno de los hechos más notorios de la dinámica de una sociedad capitalista. Ahora bien, la «tendencia de los beneficios a un mínimo» ya no se debía a los rendimientos decrecientes en la producción agraria sino más bien a la acumulación de capital, e incluso a la existencia de rendimientos crecientes a escala. Éstos últimos desempeñaban en el pensamiento de Marx un papel central en la explicación de la evolución a largo plazo y del dinamismo propio del sistema capitalista, donde la continua introducción de innovaciones tecnológicas cambiaba incesantemente los procesos de producción.

Otra consecuencia de la interacción entre acumulación y competencia capitalistas era la existencia de crisis periódicas de producción, explicadas, al menos en parte, por el subconsumo de los trabajadores (las rentas salariales no solían aumentar al ritmo en que lo hacía la capacidad productiva) y también por las desproporciones sectoriales, tan características de un sistema productivo anárquico (no planificado). A diferencia de Malthus, Marx percibió que el fenómeno de las crisis se daba exclusivamente en una economía monetaria, donde la existencia del dinero como medio de cambio y depósito de valor permitía a los individuos diferir sus compras manteniendo parte de su riqueza en forma líquida. Así, el análisis de Marx destacaba el hecho del atesoramiento como el complemento necesario de las situaciones de exceso de oferta en los mercados de bienes y servicios, así como en los mercados de trabajo.

Por último, la alienación y miseria creciente de los trabajadores, una clase que se vería continuamente aumentada por aquellos capitalistas que no fueran capaces de sobrevivir en

el mercado al no acumular suficiente capital y/o invertirlo de manera equivocada. Además, los trabajadores se sentirían cada vez más alienados al estar separados de lo que les rodea y de los objetos que producen (todo es propiedad de los capitalistas, por lo que desaparece cualquier instinto o amor por la obra bien hecha). El resultado último de la explotación a la que estaban sometidos por los propietarios del capital sería la pauperización de la gran mayoría de la sociedad.

## 5. La Época Marginalista

### 5.1. *El marginalismo*

En la década de 1870 se produjo un cambio en la perspectiva teórica que se generalizaría para el conjunto de la ciencia económica. El cambio parece ser tan fuerte que muchos han hablado, incluso, de una verdadera revolución científica<sup>6</sup>, ya que, junto al colapso de la economía clásica, se asistió a la sustitución de aspectos fundamentales mantenidos hasta ese momento por los economistas. Así, el vehículo metodológico de la teoría del valor trabajo, que hacía hincapié en que el valor de los bienes y servicios había que buscarlo en el consumo de recursos (medido principalmente en términos de cantidades de trabajo), se sustituye por la teoría de la utilidad marginal, para la que el valor de cambio viene determinado por la apreciación psicológica de los consumidores, que al elegir entre las mercancías que adquieren se supone que gobiernan la asignación de los recursos.

Ahora bien, se hacía necesario introducir una distinción fundamental entre la utilidad total y la utilidad marginal. Los individuos buscaban maximizar la utilidad total que obtenían del consumo, pero la valoración de los bienes se lograba tomando en cuenta también la escasez relativa de los mismos. Con anterioridad, Adam Smith había rechazado esta explicación de los precios relativos porque los bienes con gran utilidad para los consumidores (el agua, por ejemplo) tenían un valor ínfimo o nulo, mientras que otras mercancías (como los diamantes) con muy poca utilidad poseían un precio muy elevado en el mercado.

Para los autores marginalistas, Smith no se dio cuenta de que esa aparente paradoja se derivaba de su confusión entre utilidad total y marginal. El agua, al ser tan abundante, podía satisfacer casi todas las necesidades que hubiese de ella, de ahí que nadie estuviera dispuesto a pagar mucho por la misma; por el contrario, los diamantes eran muy escasos, conllevando por ello un alto precio a pesar de cubrir pocas necesidades de los consumidores. En la determinación del precio de los bienes y servicios había que considerar exclusivamente la valoración de los mismos en el margen.

El concepto de «utilidad marginal» pasó a ser fundamental en la reconstrucción de la ciencia económica, se aplicó el principio marginal a la totalidad de los campos de estudio de la economía, centrandó el análisis económico en los cambios pequeños, de tal forma que la nueva metodología utilizada se basaba en el estudio de las variaciones marginales con la finalidad de explicar la elección óptima entre las alternativas factibles.

Este cambio que se dio en la década de 1870 implicó que el análisis económico se centrara en el estudio riguroso de la asignación de unos recursos dados entre usos alternativos. El análisis del proceso de asignación se hacía en un contexto estático, donde se extendía a

---

<sup>6</sup> En la historia de la Economía se ha hablado principalmente de tres revoluciones científicas: la smithiana, la marginalista y la keynesiana.

los individuos consumidores el mismo comportamiento racional que siempre se había supuesto en los empresarios. El estudio del consumo, que no había formado parte de la Economía, se incorporó totalmente ahora, situándose además en el centro de atención, y aplicándose la elección racional a todos los individuos.

La pretensión de lograr una ciencia general y ahistórica, independiente del marco institucional, llevó a los primeros autores marginalistas a concentrarse en los procesos de intercambio en el mercado, eliminando el papel que los economistas clásicos habían concedido al estudio de la producción y distribución agregadas en términos de clases sociales. El análisis del intercambio se hizo, así, a partir del comportamiento individualizado, poniendo el énfasis en los condicionantes subjetivos, e incluso psicológicos, de los participantes en el mercado. Las leyes que se querían obtener deberían ser ahistóricas ya que la economía, como ciencia, se enfrentaba principalmente al estudio de un problema permanente y, por ende, común a todos los sistemas económicos: la escasez.

Los cambios de la década de 1870 se deben, en gran medida, a algunos precursores franceses y alemanes (Cournot, von Thünen, Dupuit, Gossen) que, descontentos con el escaso rigor de la escuela clásica inglesa, comenzaron a sugerir un nuevo fundamento para la Economía, sentando las bases de la revolución marginalista. Precisamente, uno de los aspectos más sorprendentes de esta revolución fue que tres autores, de forma simultánea y sin ninguna conexión entre ellos, propusieron un mismo fundamento a partir del cual reconstruir la ciencia: William Jevons (1835-1832) en Gran Bretaña, Carl Menger (1840-1921) en Austria y Léon Walras (1834-1910) en Suiza, publicaron sus libros principales en 1871 y 1874.

## 5.2. Jevons y la escuela austriaca

Jevons, un autor que creía estar revolucionando la concepción de la ciencia económica, anquilosada por el rumbo equivocado que le había dado Ricardo, esperaba que la aplicación del cálculo diferencial a la Economía –«el modo correcto de tratar a toda la ciencia»– diera los frutos que las ciencias naturales habían obtenido. Era obvio para Jevons que «nuestra ciencia debe ser matemática, simplemente porque trata con cantidades». La nueva teoría del valor, basada en el grado final de utilidad, representaba para Jevons la primera aplicación de una concepción en la que los individuos trataban de «maximizar el placer» y el dolor era considerado como «placer negativo»<sup>7</sup>. Realizó, además, esfuerzos importantes para fijar empíricamente la duración del ciclo económico (al que Jevons ligó con la aparición de las manchas solares) e impulsó la construcción de números índices en el cálculo, por ejemplo, de las variaciones en el precio del oro.

Carl Menger fue el fundador de la escuela austriaca y un verdadero maestro de economistas, como ha sido reconocido. Fue un defensor del individualismo metodológico frente a la escuela histórica alemana, rechazando la inducción (la historia) como medio de descubrimiento de leyes empíricas. Por el contrario, Menger defendía el método abstracto-deductivo a partir del supuesto de racionalidad y propósito de los agentes económicos y consideraba que las ciencias sociales deberían centrarse en el estudio del comportamiento individual, rechazando cualquier otra unidad de análisis.

Para Menger, el valor de un bien venía determinado por la pérdida de satisfacción (esto es, aquella que no se obtiene al no disponer de una unidad del mismo). En el caso de los

<sup>7</sup> «El placer y el dolor son indudablemente los objetivos últimos del cálculo económico» (Jevons, p.101).

factores productivos, su valor era «imputado» ya que reflejaba la valoración de los bienes de consumo por parte de los consumidores. Menger estaba sugiriendo que, de alguna manera, los empresarios «sentían» la satisfacción de necesidades por parte de los consumidores. El intento de valorar los factores productivos a partir de la utilidad, resultó ser un camino poco prometedor, aunque mostraba muy bien la importancia que la escuela austriaca puso en los factores subjetivos.

Para Friedrich von Wieser (1851-1926), un discípulo de Menger, el valor de los bienes en una economía ideal dependería exclusivamente de la utilidad, por lo que los recursos escasos se asignarían en función de la satisfacción de las necesidades de los consumidores. Ahora bien, en el mundo real no ocurre así por la existencia de situaciones no competitivas y el desigual poder adquisitivo de los individuos. En consecuencia, no se producen los bienes que generan la mayor utilidad sino aquellos que se pagan mejor (es decir, los que tienen un mayor valor de cambio, que es lo que en realidad persiguen los empresarios). Un corolario muy importante de Wieser era que incluso una sociedad comunista no podría evitar el tener que valorar los recursos productivos ya que, al igual que en cualquier otro sistema económico, tendría que enfrentarse al problema de la escasez. A lo que Böhm-Bawerk (1851-1914), otro discípulo de Menger, añadiría que la valoración de los recursos en dicha sociedad sería requerida también por la desigualdad entre los bienes presentes y futuros, y en consecuencia el tipo de interés existiría en todas las sociedades, por su dependencia exclusiva de factores tecnológicos, es decir, de la productividad de los bienes de capital, y de la psicología de los individuos.

### 5.3. *Léon Walras*

La figura de Léon Walras, el tercer autor que, de forma independiente de Jevons y Menger, propuso la reconstrucción de la ciencia económica a partir del principio de la utilidad marginal, se eleva muy por encima de sus dos colegas por haber ido mucho más lejos. Walras no se conformó con explicar la valoración de los bienes y servicios, sino que fue capaz de proporcionar un cuadro general del sistema económico como un conjunto de mercados interdependientes, donde lo que ocurría en uno de ellos afectaba al resto y a su vez se veía afectado por los demás; las demandas y ofertas tanto de mercancías como de servicios de los factores productivos no son independientes, por el contrario, están muy interrelacionadas. Además, Walras obtuvo un modelo explicativo, de estructura matemática, que «representaba una trama general de relaciones rigurosamente deducidas de fuerzas económicas supuestamente perennes, o "naturales", independientes de la ordenación institucional» (Jaffé, p. 698).

La teoría del equilibrio general de Walras proporcionaba una imagen explicativa de la totalidad del sistema económico, fijándose en las principales relaciones económicas. Dada la interdependencia entre todas las partes constituyentes de una economía, el equilibrio general sería el conjunto de condiciones que dan lugar a un adecuado balance entre todas las variables. La situación definitiva de equilibrio general sería aquella en la que el conjunto de todos los precios permitiera que todas las unidades económicas alcanzasen sus objetivos y no existieran excesos de demanda ni de oferta en ningún mercado de la economía.

Para Walras los economistas fallaban al no separar tres planos distintos del análisis económico. En primer lugar, el estudio del origen y generación de la riqueza social, donde la teoría del valor de cambio constituiría el núcleo de la Economía Política pura; este plano era el más abstracto y teórico. En segundo lugar, la Economía Política aplicada, donde se utilizarían las conclusiones obtenidas en la economía pura en «la organización de la industria bajo

la división del trabajo» (Walras, 1874, p.168); en este plano se trata de conocimientos de tipo práctico y experimental. Por último, la apropiación y distribución de la riqueza social entre las personas, es decir, la Economía Social. Aunque para Walras las tres perspectivas eran igualmente importantes, ha de reconocerse que su lugar en la historia de la Economía se debe exclusivamente a su análisis de equilibrio general.

## 6. Alfred Marshall

A pesar de la importancia de estos tres autores, el pensador neoclásico por excelencia es el inglés Alfred Marshall (1842-1924), a quien se puede considerar como el principal responsable de incorporar el nuevo enfoque marginal dentro de la tradición económica clásica. El éxito de dicha síntesis no se debía, exclusivamente, a la visión evolucionista de Marshall sino también a su gran capacidad didáctica. A diferencia de Jevons y Walras, Marshall logró convertirse en maestro reverenciado por un grupo extraordinario de seguidores, siendo, además, el fundador de los estudios de Economía en la Universidad británica de Cambridge.

Marshall constituye el exponente más evidente de la perspectiva evolutiva ya que trató de salvar una gran parte del pensamiento clásico, haciendo siempre hincapié en los factores de continuidad y no admitiendo la postura revolucionaria de Jevons y Walras de rechazo a David Ricardo y a la escuela clásica en general, es decir, de repudio a la «*influencia nefasta de la autoridad*» establecida (Jevons, 1871, p.260). ¿Tenía razón Marshall al realizar una síntesis más ecuánime de la corriente clásica con el principio de la utilidad marginal? Fuera apropiado o no, ha de reconocerse que la labor de Marshall, defendiendo la continuidad de la ciencia económica, tuvo suficiente éxito como para que se pueda afirmar que la mayoría de los economistas creyeron que con las «nuevas doctrinas» sólo se había «complementado, extendido, desarrollado, y a veces corregido... pero muy raras veces subvertido a las viejas doctrinas» (Marshall, 1890, p. V).

Por el contrario, ha sido más tradicional el «modelo revolucionario» en Economía, es decir, la perspectiva de rechazo a lo anterior por los errores que contenía. Un autor ha escrito que «la historia de la ciencia económica, más que una crónica de la acumulación continua de descubrimientos teóricos, es la historia de una serie de exageradas revoluciones intelectuales, en el transcurso de las cuáles se olvidan verdades ya conocidas en favor de nuevas revelaciones» (Blaug, 1978, p. 28). Así, un autor como Say rechazaba las «absurdas opiniones y doctrinas» del pasado, por lo que «nuestro deber en relación a los errores era el de no revivirlos, sino simplemente olvidarlos»<sup>8</sup>. Say se refería en general al pensamiento económico anterior a Adam Smith. Esta perspectiva, que básicamente aceptaron también Ricardo y Mill, subrayaba los cambios revolucionarios introducidos por Smith en relación al «sistema mercantil».

Al mirar el siglo XIX, Marshall se sintió impresionado por el crecimiento industrial británico, aunque se mostró preocupado por el mantenimiento de su liderazgo. Los temores de Ricardo sobre el aumento del valor de la tierra no se habían hecho realidad, tanto por las mejoras en el transporte como por la liberalización de las importaciones de productos agrícolas. Además, Marshall apreciaba que la tendencia a largo plazo era al aumento de los salarios por el crecimiento de la eficiencia del trabajo. Ésta a su vez se veía mejorada por los gastos en educación y sanidad que esos mayores salarios permitían realizar a los trabajadores. El

<sup>8</sup> J. B. Say (1928-29): *Cours complet d'économie politique pratique*, vol. II, p. 540. Citado por Hutchinson (1978, p. 213).

problema de la pobreza que tanto preocupaba a Marshall se resolvería accediendo a una economía de salarios elevados. A diferencia de lo argumentado por Marx, el socialismo no ofrecía mucho en términos de mejorar la situación de los pobres.

Por otra parte, Marshall valoró el marco institucional que permitió el cumplimiento de las condiciones del crecimiento económico: la seguridad de la propiedad privada, el carácter inglés y la libertad. De hecho, Marshall siempre argumentaba que la característica esencial del sistema económico era la libre empresa, es decir, la libertad de creación de empresas (a diferencia de Walras, que resaltaba la libre competencia para lograr la mayor eficiencia).

La perspectiva metodológica de Marshall<sup>9</sup>, a diferencia de Walras, se centraba en el análisis de equilibrio parcial, destacando que las numerosas fuerzas que interaccionan simultáneamente han de tratarse incorporándolas de una en una al estudio que se estuviese realizando. En particular, Marshall se planteó investigar la empresa analizando su comportamiento así como su capacidad de ajuste ante los cambios en el mercado. Para ello incorporaba al pensamiento anglosajón la habilidad organizativa o empresariado como el cuarto factor productivo, distinguiéndolo tanto del trabajo como del capital.

La gran aportación de Marshall fue su teoría de la empresa y de la industria. Su punto de vista era el de la oferta, el del empresario que disponiendo de unas instalaciones dadas (legadas por las inversiones realizadas en el pasado) ha de decidir, en función de los precios de los factores productivos que contrataría (factores variables) y el precio de venta de su producto en el mercado, qué cantidad de éste ofrece con el objetivo de obtener los mayores beneficios. De manera simultánea se determinarían la demanda de factores variables y la oferta de producto, dado que en el corto plazo el número de empresas así como la capacidad instalada no se modificarían, es decir, a corto plazo, únicamente podría cambiarse el grado de utilización de dicha capacidad, que constituye el factor fijo.

En el largo plazo, las empresas no se verían tan restringidas en sus decisiones de producción ya que también podrían elegir las instalaciones más adecuadas (no existen factores fijos); además, el número de empresas en una industria variaría, por lo que la capacidad de ajuste de ésta sería mucho mayor. En estas condiciones, la respuesta de la industria a los cambios del mercado únicamente vendría limitada por el tipo de tecnología que tuviera disponible, es decir, dependería de lo que ocurriera con los costes por unidad de producción cuando ésta se modificara. El incremento de la producción podría traducirse en un aumento de los costes por unidad producida (industria de costes crecientes), en una disminución (industria de costes decrecientes) o en que se mantuvieran constantes los costes.

Las condiciones de las industrias de costes decrecientes eran incompatibles con la existencia de competencia en el mercado, lo que generaba cierto desasosiego en Marshall ya que su análisis llevaba a generalizar el poder monopolístico en muchos sectores debido a la diferenciación del producto, a las barreras de entrada, a las economías en el uso de la maquinaria especializada, etc. De ahí que considerase que la institución básica del capitalismo fuera la libre empresa y no la competencia. Por otra parte, Marshall trató de reducir la importancia de las economías de escala en las grandes empresas, destacando las dificultades de marketing, las deseconomías de dirección, el ciclo de vida de la empresa y la mortalidad de los empresarios. Desde su punto de vista, las grandes empresas constituían un peligro para la economía

---

<sup>9</sup> Para Marshall, el análisis abstracto tenía un carácter puramente instrumental, llegando incluso a tratar de ocultarlo debajo de «ejemplos importantes de la vida real». Muchos estudiosos han resaltado su postura esquizofrénica al reducir la importancia de aquello en lo que era un maestro; así, por ejemplo, Marshall tenía una formación matemática muy superior a Jevons o Walras y, por el contrario, siempre hablaba de utilizarlas exclusivamente como guía de la investigación (para después quemarlas).

de un país ya que, internamente, generaban una excesiva burocratización y, externamente, suponían una amenaza para las empresas pequeñas y, por tanto, para la introducción de innovaciones tecnológicas.

## 7. Algunas reflexiones finales

Algunas de las dificultades en la elaboración de la Economía como ciencia se deben a la dimensión histórica, cambiante, de los hechos que estudia la ciencia económica<sup>10</sup>, es decir, a la variabilidad de los fenómenos económicos, que hace que incluso en el caso de que en algún momento tuviéramos buenas teorías explicativas y/o predictivas sobre los acontecimientos económicos, éstas podrían pasar a ser inútiles por los cambios ocurridos en la realidad del mundo económico. Así, los cambios institucionales, políticos, sociales, etc., provocan modificaciones en los comportamientos de los agentes, en los procesos de aprendizaje de los mismos, en las expectativas que se forman y en el nivel de información que tienen. Todo ello contribuye a transformar los procesos que estudia la Economía, haciendo obsoletas incluso aquellas teorías que hubieran logrado previamente un grado elevado de corroboración.

Esta realidad empírica a la que se enfrenta la ciencia económica es muy distinta a aquella que estudian en general las ciencias naturales y, en particular, la Física; precisamente, la ciencia a la que siempre ha querido parecerse la Economía. De hecho, es paradójico ver que aunque el mundo físico no ha variado apenas a lo largo de la breve existencia del ser humano consciente, sí que lo ha hecho la ciencia que lo estudia; incluso se puede decir, sin ninguna duda en este caso, que ha sufrido transformaciones revolucionarias. Por el contrario, aunque la realidad económica se ha modificado sustancialmente a lo largo de los últimos doscientos años, es posible afirmar que no ha habido un cambio tan trascendental en el núcleo central del paradigma smithiano.

A lo largo de todo el siglo XX se asistirá a una creciente profesionalización de la Economía, lo que llevará aparejada también una expansión de su enseñanza en todo el mundo. El propio Keynes dirá que los economistas deberían aspirar a convertirse en unos profesionales tan normales como los dentistas.

La enseñanza universitaria de la Economía ha permitido la existencia de un gran número de profesionales, que han podido dedicar sus esfuerzos a la ampliación del conocimiento del funcionamiento del sistema económico. El progreso científico se ha dado no solamente en las técnicas y construcciones analíticas, sino también en la gran acumulación de datos estadísticos e históricos de que se dispone en la actualidad sobre la economía real. Esta situación hace que hoy en día se espere de la Economía el que pueda hacer frente a problemas analíticos y de política económica que eran impensables en el pasado. Esto no puede asegurarse siempre dada la naturaleza amplia y cambiante del objeto de estudio de la ciencia económica, por lo que las explicaciones que suministra hoy el análisis económico pueden convertirse en inadecuadas.

Como ocurre en cualquier campo del saber, la Economía está sujeta a continuos cambios en sus resultados y lo que hoy es tenido por válido puede ser abandonado mañana. Las ciencias –como la historia, a pesar de haberse anunciado su fin– siempre estarán abiertas.

---

<sup>10</sup> Hicks ha llegado a escribir que «los hechos que estudiamos no son permanentes, o repetibles, como los hechos de las ciencias naturales; cambian incesantemente, y cambian sin repetirse» (1976, p. 207). Esta postura es a todas luces excesiva, ya que parece negar la existencia de ciertas regularidades en los fenómenos económicos.

## Referencias bibliográficas

- BLAUG, M. (1978): *Teoría económica en retrospectiva*, 3ª edición, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- HERNÁNDEZ, M. y M. NAVARRO (2003): «Una breve historia de la Economía», en *Sencillamente Economía*, capítulo 1, pp.17-55. Biblioteca de Humanidades Contemporáneas, no. 7. Editorial Dykinson, S.L., Madrid.
- HICKS, J. R. (1976): «Revolutions in Economics», *Method and Appraisal in Economics*, editado por S.J. Latsis. Cambridge University Press, pp. 207-218.
- HUTCHISON, T. W. (1978): *On Revolutions and Progress in Economic Knowledge*, Cambridge University Press.
- JAFFÉ, W. (1968): «Léon Walras», en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, dirigida por David L. Sills, vol. 10, pp. 697-702. Aguilar, 1977.
- JEVONS, W. S. (1871): *The Theory of Political Economy*, 2ª edición de 1879, Penguin Books, 1970.
- MALTHUS, T. R. (1798): *Ensayo sobre el principio de la población*, 1ª edición, Alianza, 1966.
- MALTHUS, T. R. (1820): *Principios de Economía Política*, Fondo de Cultura Económica, 1977. Fondo de Cultura Económica, 1959.
- MARSHALL, A. (1890): *Principles of Economics*, 8ª edición, Macmillan, 1961.
- RICARDO, D. (1817): *Principios de Economía Política y Tributación*, Fondo de Cultura Económica, 1959.
- SCHUMPETER, J. (1954): *Historia del Análisis Económico*, Ediciones Ariel, 1971.
- SMITH, A. (1776): *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las Naciones*, editada por R. H. Campbell y A. S. Skinner, 2 vols., Oikos-Tau, 1988.
- SMITH, A. (1795): *Essays on Philosophical Subjects. History of Astronomy, The Glasgow Edition of the Works and Correspondence of Adam Smith*, vol. III, Oxford University Press, 1980, pp. 33-105.